

Rafael Cadenas: en busca de una espiritualidad terrena

El más reciente libro de Rafael Cadenas, *Gestiones* (1992), se cierra con un extenso poema intitulado «Moradas» que bien puede ser leído como un lamento o como un canto de adiós para un arte moribundo: el arte de la poesía¹. Elegíaca, la voz de Cadenas se alza allí desde la incertidumbre y vuelve a plantear, casi como un reto, la pregunta por el sentido del quehacer poético dentro de nuestro mundo postutópico. En una frase memorable —cotejo entre pasado y presente— se describe la situación actual del poeta y de la poesía, con una acritud que no escapa a la nostalgia.

Una vez —se dice— nuestra voz resonó con fuerza, pero hoy se consume en su propia resonancia como una cara en un estanque, y cuando nos hablan de pesadumbre sabemos que ninguna sobrepasa cada uno de nuestros movimientos, este hilo roto que dejan nuestros pasos (p. 151).

Desde este punto final del libro —lugar estratégico que es, a la par, el de una recapitulación y el de una conclusión—, «Moradas» realza, retrospectivamente, la importancia de la meditación sobre el hecho poético en la temática de *Gestiones* y viene a confirmar, de un modo decisivo, el peso que este tópico ha ido tomando en la obra del venezolano a lo largo de dos décadas. Es verdad que mal podría señalarse que se trata de una preocupación nueva en la trayectoria del autor de «Literatura y vida» (1972) y de *Realidad y literatura* (1979), ensayos consagrados por igual a la creación literaria y al arte de la poesía. Sin embargo, existe una diferencia fundamental entre aquellos escritos y la línea de pensamiento más reciente de Cadenas. Y es que, en su última fase, la reflexión cadeniana se inscribe de lleno en el contexto de la crisis de identidad o, si se quiere, de legitimación del discurso poético contemporáneo, una crisis que recorre nuestro fin de siglo y que, para algunos, anuncia la muerte de la poesía o, al menos, de cierta manera de concebirla. Estrechamente unida a la quiebra del historicismo moderno, a la desaparición

¹ Las ediciones de los libros de Cadenas que utilizo y las demás referencias bibliográficas de este artículo se indican en la bibliografía final.

de las grandes «metanarrativas» de la historia, para utilizar el término de Lyotard, esta interrogante sobre el porvenir de la palabra poética ocupa, desde hace varios años, el centro de un debate sordo —es decir, raras veces explícito—, entre escritores, críticos y filósofos de orientaciones muy diversas. Dentro del ámbito hispánico, poetas de la talla de Octavio Paz y de Andrés Sánchez Robayna han aportado ya, en las dos orillas de nuestra lengua, una contribución substancial a la discusión². Y, en Venezuela, es Cadenas quien, a mi ver, ha mostrado mayor inquietud por el tema. Efectivamente, en otra vuelta de tuerca de su ya proteica *démarche*, Cadenas ha ido dibujando de una manera discontinua, en distintos poemas, fragmentos y ensayos, los trazos mayores de una crítica a cierto discurso legitimador de la modernidad poética. Dicha crítica, cabe añadir, resulta tanto más honda, tanto más comprometedora, cuanto que marca, para el propio poeta, una ruptura radical con el pasado de su obra y la asocia al esfuerzo por reformular una concepción de la poesía. Sería torpe querer agotar, en unas pocas páginas, toda la complejidad de tamaña mutación o, mejor, «revolución», pues se trata de una verdadera mudanza de horizontes. Sí es posible, empero, destacar sus rasgos principales, comenzando con el substrato o la base primordial que los sustenta: la toma de conciencia de un gran viraje histórico, de un cambio de paradigma o, si se prefiere, de época.

Esta conciencia ya aparece claramente plasmada en el libro de aforismos, reflexiones y fragmentos que marca un hito y un hiato dentro de la producción cadeniana más reciente: *Anotaciones* (1983). Entre los textos que lo componen, varios destacan nuestro ingreso en un tiempo distinto: «La época de las causas terminó —escribe Cadenas— en el *incipit* mismo. Ya no puedes aferrarte a religiones, ideologías, movimientos, ni siquiera literarios. Se acabaron las banderas» (p. 7). En otra página insiste: «Nada se tiene firme ya, para nuestro bien, excepto la vida, ese misterio, y raras veces la crisis de los que padecen el fin de las ideologías desemboca en ella. Prefieren seguir probando doctrinas en lugar de acoger la doctrina que la quiebra de la historia nos impone: la ausencia de doctrina» (p. 73). Inveteradamente reacio a adoptar credos o sistemas de pensamiento, el poeta que, en *Memorial* (1977), pedía «ojos» y no «puntos de vista», no podía menos que celebrar la desaparición del historicismo y de cualquier teoría determinista que atribuya un motor interno al desarrollo de la historia. Su conciencia de este fin de un modelo de interpretación no se agota, sin embargo, en la sola celebración de la vida, sino que lo lleva a analizar la situación de la poesía ante la nueva coyuntura y lo obliga a revisar sus propias creencias de antaño. En lo que toca al momento por el que la poesía atraviesa, el análisis de *Anota-*

² Cf. el ensayo de Paz (1990) y la reflexión más reciente de Sánchez Robayna (1995).

ciones difícilmente podía ser más crudo. Cadenas denuncia lo que él llama «el fetichismo del poema» (p. 91), es decir, el culto a un ideal esteticista alejado de nuestra experiencia cotidiana, y, en un corto fragmento, establece una semblanza sin concesiones del estado de aislamiento en que el género actualmente se encuentra.

La poesía moderna tiende a convertirse en un *corpus* hermético. Se hace para un círculo de iniciados; por los poetas para los poetas. Forman un pequeño *uroboros*. Los poetas, al decir de Cocteau, son «mandarines que se susurran secretos al oído». ¿Qué ha pasado? ¿Se trata de un *fatum* histórico? ¿Es un tremendo desvío? (p. 20).

Podría afirmarse que *Anotaciones* es, en buena medida, un intento de contestar estas preguntas, un esfuerzo por comprender cómo y por qué se ha llegado a semejante atolladero, a esa calle ciega que Barth ha calificado de «literatura del agotamiento». Para Cadenas, el principal responsable es el dogmatismo moderno que, desde hace dos siglos, se expresa a través de una de las mayores doctrinas estéticas de Occidente. Se trata de una doctrina que nos resulta aún muy familiar y que muchos probablemente hayamos defendido alguna vez: esa que convierte a la poesía en una esencia idealizada, provista de un destino histórico propio y de un conjunto de rasgos «constitutivos». Nacida en los albores del romanticismo como respuesta a la doble pérdida de los fundamentos religiosos de la existencia y de los fundamentos trascendentes de la filosofía, esta tesis legítima y propulsa la larga marcha de la poesía hacia su encierro en una rigurosa reducción objetal, en un silencio balbuciente que es el equivalente poético, dentro de las búsquedas de la modernidad artística, del bailarín inmóvil en la danza o de la tela desnuda en la pintura. Jean-Marie Schaeffer ha sabido mostrarnos, en *L'art de l'âge moderne*, cómo la teoría especulativa romántica atraviesa de un extremo al otro nuestra tradición estética, fijando un horizonte de escucha severamente normativo, ya que le impone a la poesía el deber teleológico de realizarse en un lenguaje exclusivo y excluyente, el idioma que mejor define su substancial naturaleza³. A lo largo de *Anotaciones*, Cadenas no cesa de manifestar su disconformidad con estas pautas que le parecen enteramente ajenas a su propio quehacer. «Sé que no puedo escribir como lo hacen los poetas más característicamente modernos —señala—, los que han creado el estilo de la poesía actual» (p.90). En otra página confiesa: «Según los cánones del *international style* de la poesía actual, a que se refiere Michel Hamburger, yo no he escrito ningún poema. La impersonalidad, el correlato, la máscara, el objeto, la incoherencia me

³ Schaeffer (1992), pp. 11-184 et passim.

resultan casi imposibles» (p. 65). Sin embargo, el hecho realmente significativo es que, más allá de la disensión personal, Cadenas ve, en tal embargo, el hecho realmente significativo. Más allá de la disensión personal, Cadenas ve, en tal normativa, la causa primera del enclaustramiento y el solipsismo del discurso poético contemporáneo.

La poesía moderna se encuentra en cierto modo ahogada por el estilo, por su preceptiva, aunque informada, más rigurosa que la tradicional, por su querer decir sin decir, que no debe confundirse con el *parlar coperto*, pues se sitúa con frecuencia en una intransitividad que sobrepasa al hermetismo (p. 110).

Siguiendo esta misma línea de pensamiento, el venezolano va aún más lejos en su crítica de la modernidad poética, pues a la impugnación de la informada preceptiva sucede la impugnación del fundamento mismo de dicha preceptiva. En efecto, *Anotaciones* contiene varios fragmentos en los que Cadenas denuncia a las claras el error categorial e histórico que ha conducido a transformar los criterios evaluativos de un género en criterios definitorios de una esencia. Lo que observa es que las silenciosas reglas de cierta poesía moderna funcionan, en realidad, como principios de exclusión, ya que no se limitan a describir un texto o un grupo de textos sino que postulan, de hecho, un ideal valorativo y lo reifican otorgándole una dimensión autónoma y trascendente. De este modo, se desconoce una de las enseñanzas primordiales de la filosofía kantiana que establece, en forma incontestable, la imposibilidad de fundar nuestro juicio estético en una pura descripción objetual, pues, en el fondo, los rasgos seleccionados no definen al objeto, no lo «constituyen» como tal, sino que dan cuenta de la relación que nosotros instauramos con él. Evidentemente, tal relación, como bien señala Cadenas, está teñida de subjetividad, es decir, abriga siempre un componente evaluativo que la estrategia hegemónica de la teoría especulativa moderna ha tratado de ocultar.

La poesía moderna también tiene reglas, sus guardianes forman una especie de academia rígida. Como árbitros deciden qué es poesía y qué no lo es. Poesía, por supuesto, es la que a ellos les gusta. El espectro de la poesía es muy ancho; pero ellos eligen una franja y decretan que las otras no existen. Son monoteístas (p. 64).

Detrás de las reglas, lo que se esconde es así un principio de discriminación que representa, hoy por hoy, uno de los legados más nefastos de la modernidad, un legado atacado desde distintas esferas en los últimos años y que, entre nosotros, Cadenas no es el primero ni el único en repudiar. Sabemos que su dogmática gravitación sobre nuestra conciencia estética no sólo ha implicado un empobrecimiento de nuestra sensibilidad y de nuestra experiencia ante otras formas de expresión poética, sino que ha limitado también nuestra lectura del pasado al imponerle los mol-